

dor de conciencias, y por el contrario, gozaba con lo que estaba sufriendo. Aquella era su venganza.

—¡Diablo, si le hubiese hablado de dinero antes de que él comenzara sus insinuaciones! ¡Si hubiese aceptado de él!.....

Y volvía á estremecerse. Una imprudencia, una confianza cualquiera, lo hubiera puesto en difícil situación y á merced de aquel hombre. Era, sin embargo, necesario decidirse por cualquier solución. Los días pasaban, y el pagaré firmado para sacar á Mariana de apuros, llegaría pronto á la fecha de su vencimiento.

—¡Cuando pienso que ese Molina podía hacerme ganar en un día el triple de esa suma!

Salomón acababa de decirle: «La prima de una noticia en Bolsa suele valer más que el oro en barras.» ¡Descubrir una noticia! O lo que es lo mismo, ¡revelar un secreto de Estado, especular vilmente, hacer casi, casi una traición! ¡Y al oír aquellas palabras, que eran casi un insulto, ni siquiera había llamado á un portero para que echase á la calle al tal Molina!

Quedóle de la entrevista una impresión desagradable y triste. El bolsista había dejado en pos de sí un olor así como á corrupción.

Pronto, por otra parte, pudo estar tranquilo

respecto al pagaré de Gochard. Cuando aquel día fué á ver á su querida, pudo advertir que Mariana era *mujer de cabeza*.

Le dijo en seguida que Clara Dujarrier, á quien había visto, conseguiría de Gochard, á quien Vaudrey no conocía, la renovación del pagaré de tres en tres meses, hasta llegar á los seis, mediante un aumento de veinte mil francos por cada prórroga de noventa días.

—Al principio no comprendí bien lo que querían decir—continuó Mariana.

—¡Oh!—contestó Sulpicio;—yo lo comprendo perfectamente; son unos usureros de tomo y lomo. Pero como el tiempo es oro, y como dentro de seis meses me será más fácil pagar ciento cuarenta mil francos, que cien mil hoy, aceptaremos la proposición. Tengo ciertos proyectos.

—¿Cuáles?

—Son difíciles de explicar, aunque se me presentan muy claros á mi imaginación. ¡Ya te los diré! Lo importante es que ese vencimiento no sea al 1.º de Junio, sino al 1.º de Diciembre.

—Pues la cosa es bien sencilla entonces. La Dujarrier se encargará de ello.

—¿De modo que esa señora Dujarrier es una Providencia?

—Casi, casi—contestó Mariana con frialdad.

Sulpicio sintióse ebrio de alegría, viendo que aun tenía mucho tiempo disponible para salir del apuro, cuando Mariana le hubo entregado, á cambio de un nuevo *pagaré* de ciento cuarenta mil francos, el de cien mil primero que había firmado. Respiraba.

Desde el 26 de Abril al 1.º de Diciembre le quedaban casi seis meses de tiempo para arreglarlo todo, y hacía de nuevo el mismo cálculo que formulara algunas semanas antes: «Tengo tiempo sobrado.»

Alegre como unas pascuas volvió á su palacio de la plaza Beauvau. Adriana se alegró mucho, porque esperaba verlo entrar como se fué, triston y nervioso.

—¿De modo que te lucirás esta noche en casa de la de Gerson?—le dijo.

—¡Toma! pues es verdad que esta noche....

Se le había olvidado.

Precisamente Mariana no podía pasar la velada con él, porque, según le dijo, necesitaba ir á Auteuil á fin de arreglar lo del *pagaré*. Tanto le daba ir á casa de Gerson como á cualquiera otra parte.

—¡Yo estoy tan contenta, tan contenta!—decía Adriana, haciendo palmas como una niña.

Al desnudarse, Vaudrey encontró afortunadamente el papel que, doblado en cuatro partes, se había metido en el bolsillo del chaleco, y que decía:

«El 1.º de Junio próximo pagaré, á la orden del señor Adolfo Gochard, que vive en la calle de Albonny, núm. 9, la cantidad de cien mil francos, valor recibido en especie.»

SULPICIO VAUDREY.

Calle de la Calzada de Antin, 37.»

—Al leerlo se puso lívido. ¡Si Adriana lo hubiese encontrado!....

Y quemó el papel en la llama de una bujía.

—¡Qué imprudente soy! — pensaba. — ¡Pobre Adriana! ¡No quisiera darle un disgusto!

La esposa de Vaudrey iba loca de contento en el coche con su marido, desde la plaza Beauvau hasta el hotel de los de Gerson. Al fin contaba con un minuto, rápido, furtivo, pero durante el cual podía al fin y al cabo encontrar esa feliz impresión de soledad que tanto le agradaba en otro tiempo.

—¿Te acuerdas cuando íbamos de este modo la noche de nuestra boda? — le decía en voz baja á Sulpicio, mientras los caballos del carruaje galopaban hacia casa de los señores de Gerson.

Vaudrey le cogía las manos y se las apretaba cariñosamente.

—¿Me quieres siempre lo mismo, Sulpicio mío? ¡Yo te amo más que nada y más que á nadie en el mundo!

—¡Sí, vida mía!

—¿Me matarías si te engañase?..... Yo..... ¡ah! si me engañaras, no sé lo que haría..... Cuando pienso que tú, que estás á mi lado, á quien yo estrecho entre mis brazos, á quien amo tanto, pudieras ser de otra mujer.....

—¡Otra vez! ¡Ya me has dicho eso un día! ¿Estás loca?—dijo Sulpicio.—Vamos, ya hemos llegado.

La señora de Gerson había echado el resto, según vulgarmente se dice. Su casa estaba iluminada con esplendidez, llena de flores, alfombrada con lujo, para recibir al Presidente del Consejo de Ministros. El hotelito que habitaba en la calle de Boulogne era pequeño, y de seguro se iban á ahogar en él sus numerosos invitados. La señora de la casa los fué metiendo como sardinas en banasta dentro del comedor. Para la reunión que seguiría al banquete, había convidado á todos sus amigos. Tratábase de inaugurar nuevas recepciones y de demostrar á la de Marsy, que no era ella la única que podía competir con la de Evan.

La amistad de la señora de Gerson y de Sabina habíase enfriado. No se sabía por qué. Adriana, muy poco al corriente de esas cosas, se quedó sorprendida al saberlo aquella noche.

—¡Pretende que le quitamos los amigos!.....—dijo la señora de Gerson.—Como si fuese culpa mía que la gente se divierta más en mi casa que en la suya..... ¡Supongo que lo pasaréis bien, señor Presidente!

Vaudrey hizo una inclinación de cabeza, para afirmarlo.

Sentáronse á la mesa. La señora de Gerson se pavoneaba del brazo del Ministro. Guy de Lissac, Warcolier, y muchos senadores y diputados asistían al banquete. Los dueños de la casa no les llamaban jamás por sus apellidos, sino : *¡Señor senador, señor diputado!* Y se les llenaba la boca de esos títulos, semejantes á esos burgueses que alguna vez tienen ocasión de hablar con un príncipe, y que le dicen *vuestra alteza* con el mismo énfasis que si se lo dijeran á sí propios.

Sulpicio experimentaba como siempre, en aquel sitio donde todo estaba sacrificado al *chic*, esa sensación penosa del hombre que se ve obligado á representar constantemente un papel de comedia. No comía nunca fuera de su casa sin tropezar con la

misma comida, el mismo timbal y la misma conversación.

El señor de la casa trató de que el Presidente del Consejo hablase algo de política. Quería saber la opinión de Vaudrey sobre el escrutinio por lista. Sulpicio se echó á reír.

— ¡ Por favor ! — dijo. — Dejádme descansar; prefiero que hablemos de estas trufas, que están riquísimas.

Adriana miraba á su marido, al cual veía, por entre los ramos de flores que adornaban la mesa, sentado á la derecha de la señora de la casa. Ella, por su parte, sólo hablaba con Guy de Lissac, sentado á su derecha, aunque todas las reglas de la etiqueta aconsejasen que se colocara allí el senador Crepeau y á su izquierda el diputado señor de Prangris. Pero la señora de la casa había dicho al señalar los sitios, sonriendo con amabilidad, que la señora de Vaudrey no sentiría tener por vecino al señor de Lissac, á quien á menudo había visto en el Ministerio, y que era amigo íntimo del señor Presidente y de su esposa.

Y Adriana, que no conocía á ninguna de aquellas personas, se alegró muchísimo, en efecto, de sentarse al lado de Guy. Le gustaba no sólo por eso, sino por su ingeniosa y amena conversación, su

lenguaje paradójico, sus ocurrencias, su especie de escepticismo, que ocultaba mucha más fe de la que él quería demostrar. Guy de Lissac por su parte sentíase hacia ya tiempo completamente conquistado por la sonriente bondad y por la honradez, por el exquisito candor y por la franqueza de la esposa de su amigo.

¡ Era tan distinta de todas las mujeres que él había conocido ! ¿ Cómo diablos podría Vaudrey descuidar á una criatura tan perfecta, más sabrosa con su apetitosa virtud que todas las doncellas habidas y por haber ? Porque evidentemente Vaudrey estaba frío con ella y poco entusiasmado; un observador, *especialista* en la materia como Guy, no podía equivocarse de ningún modo. La señora de Vaudrey no se quejaba todavía, pero ya había empezado á sufrir. ¿ Sería sólo la política la que alejaba á Vaudrey de su Adriana, ó habría de por medio otra mujer ? Guy lo ignoraba, pero lo averiguaría, porque sentía gran interés hacia la encantadora esposa del Ministro.

— ¡ Si ese imbécil de Sulpicio no fuese tan amigo mío, le haría el amor ! — pensaba Guy. — Es verdad — añadía, mirando los hermosos, límpidos ojos de Adriana — es verdad que no había de conseguir nada, porque hay lagos cuya tranquilidad no puede alterar nadie.

Adriana, muy contenta de tenerlo á su lado, se entretenía en preguntarle cómo se llamaban los comensales. A la izquierda de la señora de Gerson había un hombrecillo estirado, con algunos cabellos negros pegados con bandolina á las sienes, con dos grandes patillas que adornaban su rostro vivo y animado: era un abogado de cierto renombre, el señor Jouvenet, en la actualidad Prefecto de policía.

Más allá se sentaba el señor senador Crepeau, un riquísimo industrial que se dedicaba á hacer pastas alimenticias y á hacer política. En el *Cuadro analítico del extracto de las sesiones del Senado* su nombre figuraba muchas veces seguido de estas observaciones: CREPEAU (del Ain), *vitalicio*.—Se excusa por su ausencia (8 de Enero).—Individuo de una Comisión (*Diario oficial*, página 1.441). Se excusa de tomar parte en los trabajos de la Comisión (4 de Marzo). Se excusa de asistir (20 de Marzo).—Pide una licencia (5 de Abril).—Tales eran sus servicios durante la legislatura del año actual. ¡El señor Crepeau, senador por el Ain, tenía buen derecho á descansar!

—Come mucho—decía Lissac.—Su apetito es mejor que su elocuencia.

Al lado de Crepeau, otro legislador, Enrique de

Prangrins, escritor, viejo, arrugado, encorvado, descontento, murmurador.

—¡Ah! ¡ése es el señor Prangrins!—dijo Adriana.—He oído hablar mucho de él.

—Es un tipo—contestó Lissac sonriendo.—Ya conocéis á Granet, ese *caballero que será Ministro*; pues bien, Prangrins es el caballero que ha querido serlo y que no lo será jamás. Después de todo, es mucho más notable que otros ciento que lo han sido varias veces, sin saber por qué!

Y en efecto, hacía más de medio siglo que Prangrins, un veterano de la política, se ocupaba de ella, levantaba y destruía Ministerios, amontonaba artículos de revista sobre artículos y artículos de periódico, contradicciones sobre contradicciones, cuartillas sobre cuartillas, había emborronado muchas resmas de papel, quejándose siempre, consiguiendo al cabo ser aclamado, popular, rico, ilustre, rodeado de aduladores, de comensales, sin amigos, pero no sin clientes. Él había hecho y deshecho reputaciones, Ministros, Gobiernos; conociendo la vanidad y la nulidad en los más, y aspirando á esa presa que se llama el poder; repitiendo sin cesar con deseos vehementes de autoridad é impacencias de tiranía, que una vida de popularidad no vale ni un solo cuarto de hora de poder; acercán-

dose con verdadera codicia á la parte ambicionada, y viendo eternamente, inevitablemente, implacablemente, que huía, que se alejaba, que se la arrancaban de entre las uñas ó de entre los dientes, como quien arranca un pedazo de carne cruda de entre las mandíbulas de un perro de presa.

Y entonces, con la eterna concupiscencia del poder, con su montón de combinaciones y desengaños, aquel hombre se abandonaba, descorazonado y triste, creyéndose vencido en medio del aislamiento lujoso de sus riquezas. Ni poderoso oficialmente, ni querido de las gentes. Temido tal vez, envidiado como si fuese feliz, saludado como *una potencia*, pero agitándose en el torbellino de sus ideas y en el vacío de sus ensueños irrealizados. Después de haberlo sacrificado todo, juventud, familia, amistades, amores, á la quimera de ser poder, se encontraba viejo, cansado, vencido en la lucha, ante la desaparición de sus esperanzas y la impotencia de su voluntad. Jamás su nerviosa mano había podido coger al paso el pedazo de piel de Rusia de una cartera, y ya no sería hora de que sus dedos seniles y temblorosos la engancharan! Por eso Prangrins se vengaba del desdén ó de la injusticia de sus amigos y de la torpeza de los acontecimientos, criticando, murmurando, bur-

lándose, negándolo todo y diciendo en voz alta:

«¡El defecto de todos los Gobiernos es el de querer tocar piezas nuevas en un violín viejo! ¡Vuestro violín está cascado, amigo Vaudrey! Y no es que yo os lo eche en cara, porque no sois vos quien lo ha fabricado.»

Vaudrey se reía de la ocurrencia, pero Warcolier estaba sofocado. ¿Cómo permitía el Ministro que de aquella manera se atacase su política en la mesa? ¡Ah! ¡si hubiese sido él, Warcolier, ya le diría lo que viniera al caso á ese mamarracho de Prangrins!

La señora de Gerson estaba contentísima. La comida, lujosamente servida, iba muy bien, sin que nadie pudiera notar la menor falta. El mayordomo dirigía el servicio admirablemente. La *soirée*, que iba á comenzar luego, sería soberbia. De seguro se hablaría de ella en los diarios. Gerson había invitado al redactor de un periódico, aunque detestaba á los periodistas. ¡Ah! ¡charlatanes é indiscretos!—decía—que nunca dejan de describir los trajes y prendidos que llevaba á los estrenos, á los bailes y á las carreras, la *bellísima señora de Gerson*. A veces el marido fingía estar encolerizado por los triunfos de su mujer.

—¡Estos periodistas, malditos periodistas! ¡Ha-

blan de mi mujer como si hablaran de una actriz! ¡La bellísima señora de Gerson con su elegante vestido de seda de la China! ¡La bellísima señora de Gerson! ¡Qué les importará á ellos ni la belleza ni los vestidos de mi mujer!

Pero en el fondo sentíase halagado. Cuando se enfurecía verdaderamente, era cuando respetaban los límites de la vida privada, porque él les hubiera autorizado, gozoso, para mostrar la belleza de su mujer y para que le citasen como hombre *chic* en las gacetillas de los diarios de mayor circulación.

Adriana estaba un poco aturdida por el ruido de las conversaciones, que subían de tono á medida que el banquete adelantaba. También se había sentido sorprendida y algo así como entristecida, cuando bruscamente la señora de la casa empezó á hablar en voz alta y allí, delante de todo el mundo, de la de Marsy, en cuya casa precisamente había conocido á Vaudrey. La señora de Gerson mordía, con la sonrisa en los labios, pero con los dientes afiladísimos, á su antigua amiga inseparable Sabina Marsy. Relataba con cierto tonillo de indulgencia, más terrible por lo mismo, las historias que acerca de ella habían circulado por París; la muerte extraña de Felipe Marsy el autor del famoso cuadro *Caridad*, y cierta escapatoria

de Sabina con Emilio Cordier, uno de los jefes de la escuela *intransigente* en pintura.

—¿Cómo? ¿no lo sabíais?—exclamaba estupefacta la señora de Gerson.

Adriana lo ignoraba y se alegraba de no saberlo. Oía hablar pestes de Sabina á aquella amiga íntima suya, á la cual había presentado en todas partes.

—Yo creía que ésta y la de Marsy se llevaban muy bien—decía con su candidez provinciana á Guy de Lissac, quien en voz baja también le respondía:

—¡Se han llevado muy bien! y tal vez vuelvan á ser excelentes amigas. Todo eso no tiene importancia. Las mujeres hacen eso con frecuencia.

Adriana tomó el partido de no escucharla. Conocía muy poco á Sabina Marsy, de quien nunca había sido amiga; pero aquella manera de hablar que de ella tenía una mujer que poco antes hacía los honores de su casa de la calle de Malesherbes, le parecía una cobardía, casi una traición. ¡Cómo estaba la sociedad! ¡Bien hacía ella en preferir vivir aislada!

Para no oír todos aquellos chismes que aplaudían las mismas personas que poco tiempo antes se sentaban á la mesa de la señora de Marsy, y

que de seguro al día siguiente volverían á visitarla, empezó á hablar con Lissac otra vez. Dijo con sencillez todo lo que sufría en el palacio de la Plaza Beauvau, y le habló de Sulpicio, porque Sulpicio era lo que ella amaba más en el mundo.

—¡Figuraos que casi no le veo! ¡Casi nunca! La semana pasada estuvo dos días en Laon, donde, según parece, hay una exposición.

—¿Una exposición en Laon?—preguntó Lissac con asombro.—¿Qué exposición?

—No lo sé; no sé nada. Tal vez hago mal no procurando estar al corriente de todo; pero no lo puedo negar; me aburren esas cosas extraordinariamente. ¡Detesto la política y los periódicos!..... ¡Hartas cosas me cuentan luego! ¡La política! ¡Ella me arrebató á mi marido! Mi tío, el doctor Reboux, solía decirme: «No te cases nunca con un médico, porque no tendrás más que medio marido.» Pues Sulpicio es como un médico. ¡Siempre fuera de casa! ¡Con esas pícaras sesiones nocturnas!

—¿Sesiones nocturnas?—repitió Lissac.

—¡Sí, en el Parlamento!..... Sin cesar.....

Guy se propuso no dejar ver su asombro, pero ya sabía, tan cierto como si lo viera, el por qué Sulpicio descuidaba á su mujer y la dejaba casi abandonada. ¡Imbécil! ¡Alguna corista de la Ópera!

¡Alguna pretendiente que chupaba la sangre al Ministro! ¡Si sería ello inherente al cargo! Sintió rabia verdadera contra su amigo y empezó á mirar á Sulpicio y á Adriana. ¡Una mujer tan completa! ¡Encantadora! ¡Qué perfil tan bonito, qué nariz tan fina, qué boca tan deliciosa! ¿Estaría loco Vaudrey?

Levantáronse de la mesa, y según costumbre, los hombres pasaron al saloncito de fumar, dejando en el comedor y en el gabinete á las señoras. La de la casa siguió hablando mal de Sabina.

En el salón de fumar los hombres charlaban, medio envueltos en el humo de los londres y las brevas imperiales. Dominando todas las voces oíase la de Warcolier.

Guy, sentado en un rincón y pensando en Adriana, en las *sesiones nocturnas*, en las exposiciones de Laon y en los concursos agrícolas inventados por Sulpicio, oía retazos de la conversación, bromas é historietas en las cuales hacían el gasto los colegas, los compañeros de diputación de todos aquellos señores.

—¿Sabéis cómo supo Baldehe en las últimas elecciones, que había sido derrotado?

—No. ¿Cómo?

—Pues entró en su casa, ansioso por conocer el

resultado del escrutinio, y ¿qué diréis que oyó? Pues á sus hijos, un niño y una niña que caben debajo de una cesta, que cuando se recibió en la casa un telegrama abierto febrilmente por su mujer, habian inventado ya una canción alusiva al fracaso de su papá, y la cantaban á voz en cuello. ¡Qué precocidad! ¡Los chicos son terribles!

—Y á propósito, ¿con cuántos votos de mayoría contáis, señor Presidente?

—¡Con 139!

—Son muchos.

—Yo, amigo mío—decía Prangrins hablando con Crepeau—no pienso formar parte del próximo Ministerio, no. ¡No me hago ilusiones! ¡Pero entraré en el segundo..... ó mejor dicho, en el tercero..... Es decir, no, en el cuarto..... eso es, en el cuarto Ministerio! De seguro.

Una tos asmática, tos de viejo, le cortó la palabra.

Guy oyó que Warcolier decía riendo y con una copa de cognac en la mano:

—Tengo un medio de tener siempre de parte mía á mis electores. No solamente cuando voy á visitar el distrito les llamo, *amigo mío, querido*, lo cual les halaga mucho, sino que de cuando en cuando les dirijo cartas de mi puño y letra. Las

toman por moneda corriente. Unos, los pobrecillos, se sienten halagados. «Me ha escrito, dicen, no es orgulloso.» Otros, los más desconfiados, se tranquilizan. «Ahora, dicen, ya he pescado su firma; ya lo tengo cogido.» Y así me las arreglo.

Todos se reían mucho.

—¡Cómo se burla uno *después* de los electores, á quienes uno embetunaría las botas *antes*!—pensaba Lissac.

—Pues el sistema que yo he seguido—decía otro—es muy sencillo. He querido ser subgobernador, para ser gobernador, gobernador para ser diputado, diputado para ser director general. ¡Una vez asegurada una buena cesantía, ya está hecha la carreral

Ese *juega á la serie*—pensaba Guy—pero si quiera es franco.

—Leo muy poco—contestaba ahora Crepeau á Warcolier.....—No me hace mucha gracia la literatura pura..... ¡Nosotros los hombres políticos tenemos necesidad de lecturas sustanciosas que nos enseñen á pensar.

—¡Ya lo creo!.....—murmuraba Guy, que seguía fumando, callando y oyendo.—¡Vé á la escuela, hijo mío!

Y la conversación continuaba en el mismo pie.

Los chistes de brocha gorda y las estupideces se multiplicaban, produciendo en aquel parisiense despreocupado, el asco y la rabia contra tanto egoísmo y tanta insipidez. De una frase cualquiera deducía el carácter de uno de aquellos hombres, y meneando la cabeza decía para su capote:

—¡Andad, hijos, que si os oyese el Sufragio Universal!.....

Lissac no tomaba parte en aquellas conversaciones, sino que se entretenía en observar. Era su placer. Siguiendo su costumbre de hombre curioso y observador, sacaba partido de todas aquellas vulgaridades abrumadoras para divertirse á sus expensas.

Iba á levantarse ya, para acercarse á Vaudrey, que instintivamente se dirigía hacia él, cuando el Prefecto de policía, el señor Jouvenet, se interpuso entre el Presidente del Consejo y Guy.

Jouvenet hablaba en voz baja á Vaudrey, acompañando sus palabras de cierta extraña sonrisa y acariciándose las patillas. Por mucha discreción que emplease el Prefecto, Guy estaba demasiado cerca para no oír el nombre de la señorita de Kayser. Quedóse estupefacto.

¡Mariana! ¿Qué tendrían que hablar de Mariana aquellos dos hombres?

Lissac observó que Vaudrey se puso repentinamente pálido.

Acercóse un poco más, haciendo como que estaba concluyendo de tomarse, en pie, su taza de café, y oyó estas palabras perfectamente:

—¡Un noticiero os vió salir la otra noche de su casa.

Guy se alejó con rapidez. Experimentó de repente cierto atolondramiento como si las palabras del jefe de la policía hubieran sido la continuación natural y lógica de su conversación con Adriana, algo así como una respuesta que lo explicase todo.

—Sería asombroso que Mariana.....—pensaba Lissac.

Pero pronto lo sabría, porque se propuso interrogar á Sulpicio directamente.

Y así lo hizo cuando Jouvenet, siempre correcto, grave y frío, se hubo separado del *señor Ministro*, el cual estaba visiblemente nervioso y casi inquieto.

—¿Conoces íntimamente á la señorita de Kayser?—preguntó á Vaudrey, que cogido de sorpresa, lo miró un momento sin contestar y tratando de conocer las intenciones de Lissac.

—¿Soy indiscreto?—añadió Guy.

—No; pero ¿quién te ha dicho?.....

—Nadie. Sino que tu dichoso Prefecto de policía habla demasiado alto, y me ha parecido oír.....

La mano de Vaudrey cogió rápidamente la muñeca de Lissac.

—¡Chist, cállate!

—¡Muy bien! ¡Perfectamente!—se dijo Lissac.

—¡Pobre Adriana!

—Ya te lo contaré todo, luego, más tarde. ¡Oh! ¡es lo más sencillo del mundo!..... No es lo que tú te figuras.

—Estoy persuadido—contestó Lissac sonriendo.

Maquinalmente, y como para huir de su amigo, Sulpicio se fué del salón de fumar á la sala donde estaban las señoras, diciendo esta tontería: «¡Qué groseros somos los fumadores!» Sentíase disgustado porque era la primera vez que Jouvenet le decía que había polizontes destinados á averiguar lo que hacían los Ministros.

El Prefecto de policía había podido, por la casualidad de comer aquel día con el director de un periódico, evitar que se publicara un suelto en el cual se decía que en cierta casa de la calle de Prony, un Ministro tiraba el dinero por encima de los molinos de Grenoble. Tanto era aquello como nombrar al Ministro de la Gobernación por su nombre. Hasta entonces había podido amar á

Mariana sin escándalo y como en la sombra. Pero ahora su secreto pertenecía á la policía, á todo el mundo, al noticiero de un periódico que había tropezado con él, al salir de cenar en casa de una entretenida de la vecindad.

El Ministro estaba abrumado. Las muestras de deferencia femenina que recibió al presentarse en el salón no pudieron disipar su mal humor. Trató de hablar un rato, de contestar á las galanterías de la señora de Gerson, á las sonrisas de su mujer, pero estaba contrariado y nervioso. Adriana creyó que se sentía enfermo.

Hablábase de todo con ese tono ligero, pretencioso y fácil á la vez, conversación de salón de segundo orden, donde no se hacen ideas ni se hacen hombres, donde, por el contrario, se aceptan, los unos y las otras, hechos por el molde vulgar de la moda.

Tenían para todas las cuestiones, para el cuadro en boga, para el libro á la moda, para el hombre del día, la misma palabra estereotipada, cogida á los periódicos y á la polémica corriente. Nada nuevo. Frases usadas como moneda vieja. Adriana sufría viendo á un hombre del talento, de la inteligencia privilegiada de Vaudrey, charlando de aquel modo, y temía que al salir le echase en cara

el haberlo llevado á respirar aquella atmósfera de insípideces y de lugares comunes.

Deseaba marcharse, porque veía que Sulpicio estaba disgustado, y aprovechó la primera ocasión que se le presentó para preguntarle en voz baja:

—¿Quieres irte?

—Sí, vámonos.

Vaudrey buscó á Lissac, le repitió que tenía que hablarle, y Guy se inclinó para despedir al matrimonio, que, en opinión de los señores de Gerson, se retiraba demasiado pronto.

La pobre Adriana, descorazonada por la murmuración y la charla insípida de aquellas gentes, tenía sed de verse sola con su marido, de decirle que para ella no había nada comparable á la dicha de estar á solas con él y de pasar sus veladas los dos juntitos como en otro tiempo, cuando él leía ó trabajaba con ella al lado de su mesa, haciendo labor.

—¡Qué cosas tienes! ¡No vayas á decirlo delante de la gente, porque nos llamarán cursis! Esa es una moda que ya pasó.

—No me extraña ser tan poco sociable—repetía la joven.—Se ahoga una moralmente en estas casas. No temás, Sulpicio, que no seré yo quien te haga venir más á estas fiestas. ¿Te has aburrido?

—No, sino que pensaba en otras cosas—contestó Vaudrey, que en efecto estaba pensando en Mariana.

Apenas había salido la señora de Vaudrey del salón de los de Gerson, cuando la bella parisien-sita, inclinándose al oído de una amiga suya, decía con bastante imprudencia:

—Las mujeres de los Ministros de ahora son siempre lugareñas; ¿no opináis lo mismo?

—¡Qué queréis!—contestó Lissac, que decididamente aquella noche oía todo lo que no debía oír;—eso vale tanto, por lo menos, como ser de aquí.

La señora de Gerson sonrió, diciendo que Lissac era muy gracioso y tenía mucho talento, pero reflexionando que el Sr. de Lissac era demasiado clemente con Adriana y que la señora de Vaudrey, á su vez, se mostraba muy indulgente y muy afectuosa con el Sr. de Lissac.

V.

Desde que Mariana creyó adivinar que podía tener en Rosas algo más que un amante, hallábase bastante perpleja. Jugaba una partida empe-